

Libro Conmemorativo
en Homenaje al 80° Aniversario
de la Academia Nacional de
Ciencias de Buenos Aires.
Semblanzas de Académicos



Dr. Marcelo Urbano Salerno (compilador)

René Gerónimo Favaloro (1923-2000)

Académico Titular (1977)

Sitial: Enrique Finochietto

Discurso de incorporación: "Pasado, presente y futuro de la cirugía cardiovascular"

Favaloro fue emergente de una etnia ya extinguida en la Argentina: el hijo triunfador de inmigrantes europeos. Hijo de un ebanista y una modista. Nuestra población ha perdido esas raíces y es probable también que ese ímpetu, esa libido, que trajo esa gente consigo se haya agotado en el proceso generacional. Estudió en la Facultad de Medicina de su ciudad natal, de donde egresó en 1949. Conocedor de las necesidades de quienes lo rodearon, tanto en su barrio "El Mondongo" como en Jacinto Aráuz, La Pampa, donde ejerció como médico rural recién recibido y por espacio de doce años, el aspecto médico-social lo marcó a fuego. Había sido contemporáneo del cambio del concepto de salud que pasó, de acuerdo con la definición de la OMS, del bienestar psicofísico al estado de bienestar biopsicosocial. Él lo había comprobado en la lucha diaria contra la enfermedad y la pobreza en aquellas zonas desapañadas de todas riquezas y también, en su libro *Recuerdos de un médico rural*, decía: "El médico rural era el que quizá más sufría en el invierno porque rara era la noche en que sus servicios no se requerían". ¿Habría buscado ese entrenamiento duro para templarse en la disciplina y la responsabilidad? Entregó más de una década de su vida a la vocación de servicio en ese medio donde ejerció su habilidad de cirujano.

Haciendo un juego de palabras para analizar la personalidad de Favaloro con los conceptos de los contrastes de ser de Ferrater Mora, podemos decir que, entre ser y apariencia hubo separación, siempre fue lo que mostró ser: conjunción total entre ser y apariencia, entre su humanidad capaz de conmoverse ante el infortunio del otro; nunca tuvo la apariencia de otro ser. Ser y pensar fueron también, en este

caso, isomórficos. Maduró una forma de pensar –en su ser– que llevó hasta sus últimas consecuencias. No lo doblegó ni la exigencia espúrea de una afiliación política, ni la fortuna que le prometía dones superiores en tierras lejanas. Tampoco hubo contrastes entre el ser y el valor: concibió a estos como una forma de conducta, como un sentimiento moral. Representante genuino del humanismo médico, no olvidaba las lecciones “del secundario” de Pedro Enríquez Ureña y Ezequiel Martínez Estrada, con sus visiones totalizadoras, amplias.

Décadas aproximadas fueron jalonando la vida de Favalaro. A esa primera etapa de médico rural le sucedió otra que la distinguiría el perfeccionamiento y la creación.

Tuvo la intuición propia de aquel que, con espíritu zahorí, va en búsqueda del conocimiento, del saber. A los maestros de su patria: Mainetti, Christmann, Mazzei, entre otros; le agregaría de Estados Unidos: Groves, Effler, Kolff, Mason Sones... Nunca dejó de reconocerlos.

En 1962, viajó a Estados Unidos para especializarse –en la Cleveland Clinic– en cirugía torácica y cardiovascular. Adquirió allí renombre internacional al realizar su operación pionera: el puente aortocoronario, que efectuó por primera vez el 30 de noviembre de 1967. En un año realizó, en ese país, 171 de estas intervenciones que luego documentó en su libro *Surgical Treatment on Coronary Arteriosclerosis*. En 1971, regresó a la Argentina para hacerse cargo del Departamento de Diagnóstico y Tratamiento de Enfermedades Torácicas y Cardiovasculares del Sanatorio Güemes de Buenos Aires. Había llegado al país con el sueño, aportar sus conocimientos, su revolucionaria técnica quirúrgica, su infatigable dedicación al trabajo. Tenía bien presente que la medicina apoyaba su monumental inserción social en tres definidas columnas: asistencia, docencia e investigación. Él le agregó una que le aportó la evolución de las comunicaciones, la comunicación mediática.

Durante toda su labor, la misión fundamental fue la enseñanza que culminaría en su Universidad que, con un limitado número de alumnos, se empeñó en conseguir una preparación integral y eficiente. Obviamente, la investigación fue parte importante de su labor. En su libro *De la Pampa a los Estados Unidos*, relató cómo se quedaba largas horas

de la noche estudiando las cinecoronariografías hasta decidirse a ensayar el puente aortocoronario que lo lanzó a la fama. Nunca descuidó la faz mediática, y con sentido llano, propio de su espíritu bonachón, trató de enseñar los secretos de la alimentación adecuada para evitar los factores de riesgo coronarios.

Su mayor desprendimiento fue haberse apartado de sus cargos en Estados Unidos, conseguidos con grandes esfuerzos, para volver al país. De su entrañable amor por la patria dan cuenta sus obras sobre el general José de San Martín, de quien era un apasionado admirador: *¿Conoce usted a San Martín?* (1987) y *La memoria de Guayaquil* (1991).

Condecoraciones, trabajos publicados, distinciones, congresos, conferencia jalonaron su paso.

Tal vez el trabajo más arduo lo tuvo al frente de la Fundación Favalaro, institución sanatorial, por él creada, que incorporó una Escuela de Medicina.

Asimismo, fue designado miembro de la Academia Nacional de Medicina.

Falleció trágicamente en Buenos Aires, el 29 de julio de 2000.

Federico Pέργola

Luis Federico Leloir (1906-1987)

Académico de Número (1982)

Sitial: Bernardo A. Houssay

Discurso de incorporación: "Comentarios sobre la investigación científica en la Argentina"

Luis Federico Leloir nació en París, donde accidentalmente se encontraban sus padres (luego optaría por la ciudadanía argentina), el 6 de septiembre de 1906. En 1932, recibió el título de médico en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires y realizó sus prácticas de medicina interna en los hospitales Ramos Mejía y de Clínicas. En 1934, obtuvo el Premio "Facultad" por su tesis de doctorado referida al papel de las glándulas suprarrenales en el metabolismo de los hidratos de carbono.

En 1936, perfeccionó sus estudios sobre bioquímica en el Biochemical Laboratory de la Universidad de Cambridge, que dirigía el premio Nobel Frederick Gowland Hopkins, donde trabajó –sobre los efectos del cianuro y el pirofosfato sobre la enzima succinato deshidrogenasa– con Dixon. Posteriormente, lo haría con Edson sobre cetogénesis en cortes de hígado y con Green en la purificación y propiedades de la b-hidroxibutirato deshidrogenasa.

En 1934, separado de su cargo Houssay, fue a trabajar a Saint Louis (Estados Unidos), en el laboratorio de Carl y Gerty Cori donde, con Hunter, se dedicó a estudiar la formación del ácido cítrico. Seis meses después pasó a la Universidad de Columbia donde, con su amigo David Green, se pusieron a purificar las aminotransferasas. En Inglaterra primero y en Estados Unidos después buscó su perfeccionamiento. Luego regresó a Buenos Aires.

En nuestro país, Leloir organizó la labor de jóvenes estudiantes argentinos que seguían su huella como jefe del Departamento de Química Biológica de la Universidad de Buenos Aires, presidente de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia, miembro titu-

lar de un buen número de organizaciones científicas argentinas, entre las que podemos mencionar el Concejo Nacional de Investigaciones y la Academia Nacional de Medicina. Estados Unidos lo acogió como miembro extranjero de las academias de Ciencia, y de Artes y Ciencias y de la Sociedad Americana de Filosofía. Premios y distinciones le llegaron por doquier: de las fundaciones canadiense Gaidner y norteamericana Hellen Whitney, doctorados de las universidades de París, Granada, Córdoba, etc.

Es interesante señalar que fue Carlos Alberto Cardini quien le había sugerido a su cuñado, el industrial Jaime Campomar, la ayuda para un instituto que se dedicaría a las investigaciones bioquímicas, indicando a Houssay y a Leloir como los beneficiarios.

En 1970, recibió el premio Nobel de Química por sus trabajos con los hidratos de carbono y, naturalmente, por toda la labor desarrollada.

Realizó la labor infatigable del laboratorio con la de predicador laico, reflexionó sobre la vida no solamente nacional sino también latinoamericana y trató de orientar su derrotero.

Eligió cuidadosamente a sus maestros, trabajó hasta el último día de su vida, tuvo un total afecto por sus colaboradores y becarios, rutinariamente leía trabajos científicos que le llegaban a diario, buscaba la verdad como finalidad última de la ciencia, donó todos sus sueldos y premios al instituto donde trabajaba, nunca quiso figurar en investigaciones en las que no hubiera puesto “sus manos y su cabeza”, carecía de solemnidad y era bromista, formó a numerosos discípulos.

Víctima de un infarto de miocardio, Leloir falleció en Buenos Aires, el 2 de diciembre de 1987. Siete meses antes ya había sufrido un ataque cardíaco y, pese a la recomendación médica de reposo absoluto, había seguido trabajando en su laboratorio de la Fundación Campomar, aunque acortando sus jornadas.

Federico Pégola